

Cuento de Juan Manuel Chávez

Siempre es de noche

*A Nureñita y Mariel, con genuinos amores
A Garabito y Ángel, con gratitud de compinche
A Richard y Andrea, por ayer, que es siempre*

Te despiertas cansado. Los rayos del sol matizan las sombras que envuelven tu habitación. Te parece que es la seis, aunque no sabes si de la tarde o del alba. Te acostaste al poco rato del almuerzo y desconoces cuántas horas llevas envuelto entre tu frazada y tu sábana. La huida de la luz, siempre desde niño te confundió. Cuando cerrabas los ojos en pleno día y los abrías al llegar la penumbra, desconcertado llamabas a tu madre para escuchar siempre lo mismo: recién va a dar la noche, hijo. Hoy también debe ser así. Afortunadamente, piensas; pero no puedes negar que duermes mucho, mucho. Al comienzo del año, en los primeros días de tu inaugural ciclo de universidad, al poco rato de almorzar anunciabas que tomarías una siestita, para reposar, y le robabas media hora a tus recientes obligaciones de estudiante comprometido. Pasados los meses, asegurabas que entregarte a un descansito era muy necesario, una horita tan sólo. Ya finalizó setiembre y hoy con descaro informas que luego de almorzar te irás a dormir, tres, cuatro horas.

Te levantas con lentitud, con pesadez, y no porque estés subido de peso y ya nadie te llame Román, pues para todos eres ahora el Gordo, sino porque dormir tanto a tu cuerpo no le cae bien y ni qué decir a tu madre, porque la vieja ya anda jodiéndote con eso de cómo andarán tus notas con tamaña dormidera, hijito; y tú, bien mamá, pero bien arrastradas, mascullas luego de responderle. Ya lo dijo Rulfo, piensas. El otro día te salió con eso de encontrarte

trabajo, puesto que tú ni lo buscarás, con esa carrera de bohemios que tienes, hijito, te sobra el tiempo que a tu padre le falta; literatura, Cangrejito, quién se mete a una cosa así. Trabajar, la carrera, leer, dormir, reflexionas mientras abandonas la cama con la certeza de que la noche está por llegar. Bien lo sabes, si no consigues algo que te ocupe fuera de casa, sin perder el tiempo y menos aún, el dinero, la cama te seguirá seduciendo con su ahogado canto de sirena; pero trabajar, te dices sonriente, no, eso no. Desperzándote en el baño, enumeras todas las posibilidades que en los últimos días te has agenciado: Pasear perros (4 soles por animal), dar clases particulares de lenguaje (8 soles la hora), arreglar jardines (mucho sol), visitar amigos (no tiene precio) y leer textos a los invidentes de la facultad (sin pago y con nota).

La luz aún irrita tu vista aunque ya llevas varios minutos despierto. Deja de dormir, te dices. Repasas: Perros, no. Profesor, no. Jardines, descontado. Amigos, mi madre. Invidentes, los bomberos, te dices recordando la frase de tu abuelo. Gratis-bombero y nota, qué más da, resignado asientes. Te peinas y, bien acicalado, la buscas en la cocina. Vieja, voy a ser cojudo, le anuncias.

Llegas temprano con el anuncio del mural en la mano y te presentas al Director de la Escuela de Literatura solicitándole el puesto de lector para invidentes. *Ad honorem*, muchacho, te informará él, apresurando algunos documentos a la secretaria. Claro, afirmas con una sonrisa que certifica tu nuevo estado, soy un voluntario. De cinco a seis, de lunes a viernes, leerás relatos y poemas a Roxana Cóndor, invidente desde el primer día de su vida. Confiamos en ti, te dirá, persuadiéndote de que es la Universidad San Marcos la cual te elige por burocráticos designios y no eres tú quien está evitando dormir por las tardes, persiguiendo una nota y burlando las prédicas de mamá.

— Soy Roxana, tú debes ser Román.

— Sí; pero llámame Gordo.

— Esa referencia significa tanto para mí, como hablar de cielos azules y soles brillantes.

— Ah, cierto. Lo siento.

— Descuida, te estoy tanteando, no me hagas caso.

Te sonrió, le sonreíste... te sonreíste.

El día lunes, ostentado una modorra invencible, llegaste tres minutos antes de las cinco al aula libre que les habían asignado; ella ya estaba ahí. Levantó la vista apenas atravesaste el umbral y cruzó sus ojos con los tuyos, pero bien supiste que el movimiento fue instintivo, tan humano como inútil. A tu cercanía estiró cierta la mano a la espera de un apretón, que lo brindaste con la fuerza exigida a una naciente amistad. Palabras cordiales de por medio, sacó del bolso un libro que vivías leyendo: *Celebración*, el poemario de Eielson. Elegiste «Vincent» para iniciar: *Vincent decimos con amargura / No era como nosotros...* Con delectación repetiste cada poema, ella paladeaba cada palabra: *Si derramas amor a manos llenas sin que nadie lo reciba*. La tarde se esfumaba con el compromiso de concluir el primer encuentro... dudabas. Ya llega la noche, prenderé la luz, informaste. Mi vida es una noche, te dijo con serenidad. Te inquietó, mas ella lo percibió y, retirando el libro de tus manos, con la seguridad que brinda cuatro sentidos bien adiestrados, te explicó que no habría de qué preocuparse, la ceguera no es nada dramática para mí, tú ves, yo no, tú eres zurdo —te sorprendiste—, yo diestra. No soy ciega, te dijo, soy Roxana.

Al siguiente día, dejaron de lado el apretón de manos y tantearon un beso en la mejilla. Una sonrisa selló la flamante confianza y, cual mago de viejo cuño, extrajo de su sombrero un pequeño conejo de nombre *Piedra de Sol*, de Octavio Paz. Poesía, entusiasta dijiste. Sí, asintió ella, de la mejor. Ningún verso de Paz habías leído aún, así que para ti aquello fue una revelación: *...el desamparo / que es ser hombres, la gloria que es ser hombres / y compartir el pan, el sol, la muerte, / el olvidado asombro de estar vivos*. Notaste que ella repetía a una sola voz contigo los versos que leías; no sólo conocía el poema, lo tenía aprendido. Al finalizar, le preguntaste por qué te hizo leer un texto que le es tan íntimo, ¿para qué? Es un regalo, te dijo, por la gentileza de acompañarme cada tarde. No lo supiste en ese momento, ya que, como en la tarde anterior, arrojado por versos contundentes, la fatiga adiestrada por meses de rutina te impidió notar en aquella ocupación obligada por tu conciencia, ventajas y virtudes inesperadas. Ayer leíste lo que te gusta, hoy

leíste para que te guste. Quién hace el favor a quien, te preguntaste camino a casa.

El miércoles, el jueves, el viernes, te reencontraron con Rulfo y su *Pedro Páramo*. Al final de la jornada, te animaste a leerle además aquel proemio que también habla de ti: *Se volvió muy flojo. Porque a todos los que les gusta leer mucho, de tanto estar sentados, les da flojera hacer cualquier otra cosa*. Por vez primera le confiaste cómo eres y el auténtico motivo por el cual te propusiste para la faena. Sobran los motivos, te dijo, lo importante es que estás aquí. Quisiste agregar: contigo; pero intuiste que podría mal interpretarlo; querías explicar que optaste por colaborar con una persona, mejor decir un anónimo y me hallé con Roxana, mas no encontraste manera de expresarlo; pero adivinaste en tu silencio, que te concediste una amiga. Hasta el lunes, Amigo, te dijo, pues no quieres ser Román y yo no sé sobre gordos. Amigo, marchando en el micro, apretujado entre una señora malcarada y un niño triste, complacido te repetiste.

Tu madre se tardó con el almuerzo como cada sábado. Luego de terminado, preguntó hasta qué hora te recostarías. No tengo planeado dormir, le dijiste. Ya almorzaste y es sábado, sentenció, como si la frase justificara aquella acción. No pudiste sorprenderte por lo que dijo, así es tu vida, mejor decir, dudaste... ¿así fue mi vida? El hecho es que, a pesar de que en cada pasada tarde esquivaste el sueño más de una vez y creíste ya no poder escapar el fin de semana, lo que hiciste fue coger un libro, cogiste dos, luego varios, los revisaste y seleccionaste. Si Roxana accede, pensaste, se los leeré. No es que esté pesando en ella, te dijiste, te digo, esto es más raro, estás preparando tu labor. Exploraste muchos cuentos, algunas novelas y en alta voz, recordándole a la poesía su pasado oral, te ennobleciste con varios poemas. Pero era sábado y se entronó la tarde y con ella, testarudo como todo hábito, el sueño.

Las lecturas de cada semana, entre libros por la universidad obligados y los elegidos con el concurso de la curiosidad o el gusto, se intensificaron. Decidieron inventar tardes más largas y, penosamente, siempre quedaban muy cortas. Se hicieron amigos, ella: Roxana, tú: Amigo, nombre de perro, resignado afirmaste. Un ser

superior al hombre, te dijo, pues generoso aceptó convertirse en su camarada. Las lecturas consintieron un vértigo que les permitió devorar más de una novela; así, el cansancio los circundaba a veces, aunque no era flojera, no era modorra, esta vez sí, quien diría, Gordo, ostentas el lujo de cansarte. Cuántos bostezos, a pesar de cubrirlos con la palma de la mano, te descubrió. Inútil ejercicio, pregona ella. Lo cortés no quita lo valiente, explicaste. Amigo, tengo demasiado oído, remataba. Pero llegó el día, jueves de noviembre, en que luego de cinco horas de frenética lectura de Saramago, iniciada transgresoramente al mediodía, las aplazadas ganas de dormir los envolvió. Sin darte cuenta, el libro escapó de tus manos y cayó al suelo. Ella, ante tu silencio, en la banca contigua, a tu lado, tan compañera como amiga, cerró los ojos y esperó. De seguro ambos tuvieron antojados sueños, pero de eso yo nada sé; solamente puedo agregar que despertó antes que tú, melancólica como siempre despierta, pues segundos antes veía seres, formas, movimiento, y ahora, otra vez, ya nada contempla. En la negritud absoluta, aguardó a que abrieras los ojos. Tardaste poco en hacerlo, acomodándote en el asiento aún con la duermevela. Despierto, te encontraste con una total oscuridad, recóndita tiniebla. Buenas noches, Amigo, te dijo. ¿Nos cogió la noche?, preguntaste como desde niño a tu madre, como siempre a tu madre, preguntaste... Siempre es de noche, te dijo, sin melancolía, hechizada por una floreciente solidaridad. Siempre, dijiste tú.

* * *

Catalina, con una sonrisa de tristeza, de nostalgia y de resignación, guardó las páginas en un folder y, eludiendo releer de nuevo las cartas de Joaquín, se entregó al tiempo en desvelado silencio hasta que desenterró el rostro de sus manos, decidida a envejecer en vez de llorar.